

todos los filósofos. Para dormirme, solamente leo a Echegaray, y ya comprenderán ustedes que con esa cultura filosófica no se va a ninguna parte.

Confieso, con toda la ingenuidad que me es permitida a los veinte años, que no soy fea. Según un poeta cursi de esta localidad, soy una rosa de nieve perfumada, en un jardín exótico de ensueño.

(Este poeta no es de mi familia).

Moralmente, soy un poco frívola. Ni me emociona el amor romántico a lo Becquer, ni me causan sensación las tragedias amorosas. Los amantes de Teruel me parecen dos imbéciles dignos de peor suerte. Me encantan las cosas superficiales, efímeras, cosas que nos den una rápida sensación de belleza y pasen al momento, para dejar puesto a otra nueva sensación. Si las rosas vivieran un año sin marchitarse, despreciaría las rosas.

Este mi credo interior, lo exteriorizo en todos mis actos: en el modo de hablar, en la manera de sentarme, en la forma de mis trajes. Soy muy aficionada a *epatar* y adoro las cosas llamativas, no estando fuera del natural gusto artístico, que es lo que las da un verdadero valor atractivo. En mis trajes y mis sombreros, soy *trés épatantes*, según me decía un embajador francés en Londres.

Siento verdadera pasión por lo absurdo y extemporáneo: En Londres, me agradaba que me llamasen *femme de Prevost*, en París, *Mis Fanny* y en Madrid, la *griseta de Montparnase*.

Soy, en fin, una chica bastante buena en el fondo; pero que, superficialmente, soy amante de la *pose* y el frivolidad francés. Cosas ambas que hace dos siglos hubieran llamado la atención de un modo atroz; pero que, en esta época en que tantas imitadoras tengo, no pasa de ser una vulgaridad cualquiera.

JUDIT

Almería Agosto 918.

Otra mascarita en el baile.—Trae disfraz de "cher Paquin".

Francamente lectora te confieso que leyendo esta carta he padecido la inquietud del ingenuo viajero provinciano que en un exprés atravesara vertiginosamente Europa. Será quizás absurda esta impresión; pero hay momentos en que nuestra receptividad sufre ilusiones grotescas. Una sensación de charla vanidosa de *budoir*, de sonrisita perversa de boulevard, de visión alocada, de panorama cinemático, ha herido nuestra paz, nuestra vulgaridad de periodistas arrinconados en un semanario pueblerino. Las frases en francés, los mártires mundanos y cosmopolitas,

la introspección exótica, nos han maravillado, anonadado, desconcertado en nuestra humildad.

¡Pobres de nosotros que tenemos del mundanal ruido una idea tan vaga, tan inadecuada, como pudiéramos tenerla de las orgías de Petronio! ¡Sabemos tan poquita cosa de esos estados misteriosos de los nervios de las damiselas! ¡Conocemos tan desastrosamente ese diablillo vaporoso e ingrátido que vaga por los tocados y las alcobas! Ignoramos en absoluto el secreto del que fué célebre y ya olvidado «tres épatante» aunque parezca ser que ahora se rememore en provincias.

Sabemos por ejemplo ¡oh nuestra paupérrima cultura! que en esas altísimas espumas de la sociedad hay seres admirabilísimos que se llaman diplomáticos. Estos diplomáticos están compuestos de un frac, una camelia y un monóculo; tres elementos primordiales y esencialísimos que cohesionan la hábil mano de un canciller, les da figura humana y con un gesto de galantería como si enviase un lindo bouquet los factura para otra cancillería. Estos embajadores saben sonreír y decir cosas insinuantes persuasivas... A usted le dije una de estas cosas en francés. Usted sonreiría encantada... Después nos lo ha contado... Nosotros sonreímos admirados. ¡Ah el gran mundo..!

¿Usted cree que sosegadamente podemos nosotros hablar con una dama que ha merecido tal atención de un embajador?

Tendríamos antes que airearnos con brisas europeas, saber tomar el té en el salón nobilísimo de un lord, aprender el protocolo, contagiarnos de las maneras parisinas, oír lecciones de idiomas, adiestrarnos en figuras de cotillón, saber mentir en inglés, galantear en francés y cantar en italiano, y en un grado superlativo saber decir liviandades con una sonrisa de descaro...

¿Usted que sabe todo esto ¿por qué no nos lo cuenta?

GALANTES

Cuentos de GENTE NUEVA

La opinión del sabio Pim

Uno de los caracteres primordiales del país maravilloso donde aconteció lo que voy a contaros, lo constituye las primorosas fuentes, eternas, murmuradoras, estendidas con predigalidad por las callejas y alrededores de la urbe. Las hay gentiles y afeminadas como damiselas; las hay borboteantes y caudales como crines de bestia de un nuevo apocalipsis escrito por Neptuno; las hay mansas, serenas, copladoras del parpadeo de los luceros, como esas misteriosas que los poetas llaman pupilas... Y todas son cuidadas, impolutas, limpiísimas, lo mismo que la entraña del agua.

Perdonad este preámbulo; pero el cuentista tiene también su corazóncito... Y va de cuento.

De antaño venía siendo comidilla de desocupados, una apreciación nada laudatoria. Asegurábase en la villa—lugar de mi cuento—, que tanto las fuentes-damiselas, las borboteantes y caudales, y las mansas, serenas y copladoras del parpadeo de los luceros, proporcionaban un olor, que hedor debiera llamarse, toda vez que ninguna condición de apetecible tenía. Y cuéntase que el vecindario andaba preocupado en la investigación de la extraña causa, madre de aquel inusitado olor—y no de ámbar—, que, a juzgar por las señas, debiera ir en aumento. Dióse a preocupación el pueblo todo, pues en la fecha de mi cuento, las emanaciones nauseabundas hicieron insoportables, hasta el punto de poner en grave peligro a la existencia de la villa. ¡Qué olor! ¡Qué enormidad! Y andaban los desvaporidos ciudadanos con el pañuelo en las narices y los labios prietos y cruzados como boca de vieja.

En realidad, amigos lectores; el olorcito era como para *tumbarse* no sin preverse de careta contra los gases que dicen asfixiantes. Nunca faltó tal olorcillo—esto es verdad; pero en las proporciones de estos tiempos jamás habíase insinuado.

Encrecióse de tal forma la alarma, que, a petición de unos vecinos, entraron en preocupación los directores del comicio, que siempre fué preciso para que las autoridades se movieran al público requerimiento.

Puso el alcalde las narices en la proximidad de una fontana y en puertas de un desmayo anduvo. El olor no era para menos. Más de un vecino feneció envenenado por el extraño huésped de las aguas lugareñas; y los más, a padecer comenzaron los mordiscos del vaho insoportable. Y la urbe estaba en laxitud, llena de pesadumbre, asistiendo angustiada a aquel juicio final.

Por iniciativa de no se qué ciudadano, pues el Ayuntamiento padecía la extraña enfermedad, reuniéronse en la sala del Concejo las eminencias del poblado; y provistos de lupas, reactivos, pipetas y microscopios, aventuraron un ensayo. Largas horas anduvieron a la vera del agua y el resultado fué una docena de rostros en madrugada, después de una noche de vigilia y de dieta... Total, nada. Las eminencias del lugar de mi historia se declararon impotentes. El juicio final continuaba y la urbe iba demoliéndose como un pueblo maldito por un versículo del Evangelio...

A tal punto llegaron las cosas que, por la prensa y el alarido público, tuvo noticias del suceso un